

Elogio de los cursos prenupciales

Gerardo Laveaga

En este relato el narrador Gerardo Laveaga aborda, con ironía y desenfado, el tema de los cursos prenupciales de la Iglesia católica y su permanente confrontación con la cultura contemporánea.

Crecí en una familia católica y, luego de mi bautizo, confirmación y primera comunión, se esperaba que me casara por la Iglesia con una joven católica. No faltaba más. Al llegar el momento de contraer nupcias, sin embargo, se me informó que tenía que tomar un curso prenupcial si quería recibir “el sacramento”. Fue este curso—quién lo habría dicho— el que marcó el parteaguas de mi vida.

Por lo que mis amigos habían contado, los dichos cursos ocupaban tres días completos y no servían para gran cosa. Le rogué a mi novia que me dispensara del requisito. “No es requisito”, dijo Pilar Llorosa: “es una oportunidad para encontrarnos con el Señor”. De nada sirvieron los pretextos que interpuse: si me quería casar como Dios manda, tenía que tomar el curso. Punto.

Cuando llegó la fecha, por tanto, pedí permiso a mi jefe para ausentarme el viernes del consultorio y me dispuse para la encerrona de sábado y domingo. No tuve alternativa. El salón donde se impartía el curso, situado en un edificio anexo al templo de la Purísima Concepción, estaba repleto de jóvenes, que oscilaban entre los veinticinco y los treinta y cinco años de edad. Un hombre gordo, con aspecto de sacristán, entregó a los asisten-



Gerardo Cantú, *El besito*, 2006

tes unas etiquetas en forma de pescado y, con voz impostada, ordenó que anotáramos nuestros nombres de pila, antes de colocarlas en el pecho, al alcance de la vista de los otros.

Pilar lucía radiante. Yo no podía disimular mi contrariedad. Había hecho un último intento para explicar a mi novia lo inútil que me parecían aquellos cursos, pero ella no transigió: “Todo mundo los toma”, señaló. “Podemos aprender mucho”. Ante mi ceja alzada, fue más allá: sus padres, su abuela y la madre Socorrito, directora de la preparatoria donde ella había estudiado, se morirían de la tristeza si yo no aceptaba.

Resignado, escribí *Juan Pablo* en la etiqueta en forma de pescado y me la planté sobre el suéter. Cincuenta parejas habían hecho lo propio. Como lo imaginé, la primera de las sesiones resultó insufrible. El sacerdote que la dirigía explicó, en primer término, por qué, aunque él no estaba casado, poseía experiencia en materia de matrimonios, divorcios y adulterios. Nadie debía dudarle. Acto seguido, lanzó una pregunta a boca de jarro: ¿Qué era el matrimonio? Quienes respondieron que era la unión de dos personas que, a través de ella, querían expresar su amor, quedaron frustrados: el matrimonio no se entendía sin Jesús, que había muerto por nosotros en la cruz.

El interrogatorio continuó: ¿Por qué el matrimonio era un sacramento? ¿Se hallaba el fundamento en la *Bi-*

blia? ¿Cuáles eran los principales problemas que enfrentaban los matrimonios hoy día? ¿Qué papel jugaba el dinero en una unión conyugal? ¿Qué importancia había que conceder al sexo? ¿Qué estragos causaba la infidelidad?

Pese a mi escepticismo, comprendí que la mayoría de las personas que habían acudido al encuentro estaba descubriendo el hilo negro. No exagero. La abundancia de lugares comunes y *clichés* no iba en perjuicio de la revelación. Algunos de mis compañeros se planteaban, por primera vez en su existencia, las responsabilidades que se iban a echar a cuestras: ¿Las damas estaban dispuestas a acompañar a sus maridos a los partidos de fútbol? ¿Los caballeros estaban listos para recibir a sus suegras un fin de semana? Porque aquellas parejas, donde cada uno de sus miembros jalaba por su lado, podían ser funcionales y hasta duraderas pero, ciertamente, no eran gratas a los ojos del Señor. Éste había instituido el matrimonio para compartirlo todo y “para siempre”.

La más entusiasta de las participantes era Pilar. Levantaba la mano para dar a conocer sus puntos de vista sobre la vida diaria, los deberes del hombre y las obligaciones de la mujer... A la pregunta de si el dinero daba la felicidad, afirmó que no; a la del sexo, que éste no era sino la sublimación del amor; a la de la infidelidad, que no podía existir algo más repugnante. El sacerdote asen-



Gerardo Cantú, *Beso robado en primavera*, 2004

tía satisfecho. Luego, cambió el tema y apuntó con su dedo a otra de las futuras esposas:

—Tú no has abierto la boca, Rosario: ¿Qué esperas del curso?

—Conocerme mejor a mí misma y a mi pareja.

—¿Y tú, Consuelo?

—Descubrir el don del amor que nos regaló Jesús.

—¿Y tú, Pamela?

—Darle gusto a mi novio.

La aseveración debió parecer demasiado audaz, porque todos giramos la cabeza para mirar a quien acababa de contestar. Los cuchicheos no se hicieron esperar. Pamela era una joven de ojos verdes que llevaba un vestido oscuro, medias negras y zapatos de hebilla. Su atuendo monjil no combinaba con su respuesta. El sacerdote hizo el gesto de un profesor acostumbrado a la insolencia eventual de algún alumno y arremetió contra otro de los asistentes.

A mí, sin embargo, me llamó la atención aquella respuesta. Tanto, que cuando Pamela se levantó a servirse café, me paré tras ella. Mientras Pilar y los otros se entretenían armando un rompecabezas con unas flechas que llevaban del cariño a la tolerancia y de la tolerancia a la comprensión mutua, le confesé a Pamela que yo estaba ahí por lo mismo que ella: para dar gusto a mi novia.

—Daría cualquier cosa por terminar este suplicio —susurró ella mientras oprimía la palanca de la cafetera.

—Y todavía faltan dos días —suspiré en tono de provocación.

—A lo que no estoy dispuesta es a ponerme de nuevo este disfraz —resolló—. Me estoy sofocando. Mañana vengo de minifalda.

Pero, al otro día, regresó con una blusa blanca de cuello de tortuga, una *kilt* y calcetines a la rodilla. Esta vez fue ella quien se levantó detrás de mí cuando fui a servirme café. Al fondo, el sacerdote acababa de organizar un juego en el que un barco se hundía —“como se hunden los matrimonios si no se les da mantenimiento”— y se armó cierto alboroto. Pilar corría de un lado a otro, tratando de salvar el barco.

—Pensé que ibas a cambiar de *look* —aventuré.

Me habría encantado hacerlo, Juan Pablo, pero mi novio me estrangula. Cada día se vuelve más mocho.

Me gustó el modo en que pronunció mi nombre. Me gustó, aún más, la forma en que me miró. Sus ojos eran luminosos, como hacía tiempo no veía otros.

—¿Qué estudiaste? —pregunté para seguir la plática.

—Literatura inglesa. ¿Y tú?

—Odontología. Pero me habría gustado estudiar Literatura inglesa.

—¿En serio? ¿Quién es tu autor predilecto?

—¿Novelista, poeta o dramaturgo? —quise estar a la altura de una experta.

—Poeta.

—T.S. Eliot.

Cuando sonrió, adiviné algo de mágico en aquel gesto. Entreví su aspecto misterioso y —hay que decirlo— seductor. Por eso, cuando lanzó la otra pregunta sin ningún tacto, trastabillé.

—Y dime ¿estás enamorado?

Me disponía a responder, cuando el novio apareció de repente. Era un tipo ojeroso de mirada bovina. La abrazó y la apartó de ahí. A lo lejos, Pilar daba gritos de júbilo pues había logrado salvar el barco del naufragio inminente.

Esa tarde, al terminar la segunda sesión, me atosigó. Me echó en cara el poco entusiasmo con el que estaba participando en el encuentro y me rogó que fuera más *asertivo* —así lo dijo—, pues la vida que estábamos a punto de iniciar iba a exigir que lo fuera: “Casarse no es cualquier cosa: es el estado que vamos a compartir el resto de nuestras vidas”. Me reprochó mi desinterés por las pláticas que había impartido el sacerdote y criticó mi expresión de fastidio ante las dinámicas.

—Y ya escuchaste —añadió— el compromiso no sólo es entre tú y yo: también está Jesús, que murió por nosotros en la cruz.

No fue esta arenga, sin embargo, la que propició que llegara tan motivado a la tercera sesión. Era la idea de volver a ver a Pamela la que me atraía. Por eso, me sentí desconcertado cuando, a pesar de haberme levantado tres, cuatro veces a servirme café, ella ni siquiera se inmutó. Parecía absorta, quitando la pelusa de su suéter de angora y tratando de responder un cuestionario sobre el número de hijos que pensaba tener. Las respuestas correctas podían encontrarse en el anverso de la hoja: Uno, representaba egoísmo; dos, división familiar (el padre acababa tomando partido para uno y la madre por el otro), de tres a cinco, el número ideal.

Sin embargo, cuando nos dirigíamos a la misa con la que el sacerdote concluiría el curso, Pamela se las ingenió para entregarme una tarjeta: “Ayer te hice una pregunta y no la respondiste”. En el mensaje añadía el número de su teléfono celular.

De todo esto estuve acordándome ayer, después de que cené con Pamela para festejar el año que cumplimos de vivir juntos. Se puso la minifalda más provocativa, sus sandalias de tacón de aguja y un escote espectacular. Hablamos de T.S. Eliot y de quién podría ganar el Nobel este año: ¿Vargas Llosa? ¿Kadaré? ¿Amos Oz? Luego, la conversación derivó hacia las declaraciones que acababa de hacer el papa Benedicto XVI, exhortando a los pueblos africanos a no utilizar el condón. Al final, pedí a Pamela que se casara conmigo. Aceptó encantada. Me ha advertido, eso sí, que no me acompañará a ningún curso prenupcial.

—Me dan pánico —admitió. **U**